

y mantiene vivos los malos instintos de un pueblo que se precia de simpatizar con todas las libertades de los demas.

El 14 de Octubre, último dia de nuestro viaje á San Francisco, subiamos al amanecer las ásperas montañas de la Sierra Nevada. Los bellísimos y agrestes paisajes que ofrece sin cesar esta parte de la vía, eran interrumpidos por desgracia á cada instante por el paso del tren debajo de los largos snow sheds, que en este tramo son muy frecuentes. A las ocho de la mañana nos hallábamos en Summit, que, como lo indica su nombre, es el punto culminante del camino en esta última serranía, teniendo una altura de 2139 metros sobre el nivel del mar. El frio era allí intenso, á pesar de lo cual la robusta y añeja vegetacion de las montañas no estaba todavía despojada de su follaje, si bien presentando una indefinida variedad de colores, desde el rojo casi purpúreo hasta el amarillo, y desde este hasta el verde casi negro.

La parte de la vía que se pasa antes de llegar á Calfax, está cortada en la vertiente de una montaña llamada Cape Horn, y su lado opuesto forma un precipicio profundo, entre cuyas rocas se ven salir las cimas de elevados abetos, con sus brazos casi horizontales y su follaje parduzco. Aquel paisaje es uno de los mas bellos tipos de la naturaleza áspera y agreste de las montañas de la zona templada, y en su línea comparable á los muy hermosos de nuestras regiones intertropicales. El tren se detiene allí algunos minutos para que los pasajeros disfruten de aquella vista grandiosa, y admiren la lucha que sostuvo la ciencia contra la naturaleza, y en la que, como siempre, quedó aquella vencedora.

En las vertientes de la Sierra Nevada, el descenso es rápido: desde los flancos de la montaña se ve, como en un inmenso plano topográfico, el valle de Sacramento, poblado, cultivado, enriquecido con el trabajo del hombre; y mas allá, hasta los confines del horizonte, las tierras mas bajas bañadas por las olas del Pacífico. Nos acercábamos á otro centro de poblacion que no existia ayer; tocábamos, por fin, el *far west*, límite de la tierra americana y término de nuestro viaje terrestre, para atravesar en seguida el mas extenso de los océanos, y ganar, por el camino mas corto, el *far east*, límite del mundo asiático.

Poco despues de las siete de la noche llegamos á la estacion de Oakland, en la que nos esperaban el Sr. D. Manuel Azpíroz, cónsul mexicano en San Francisco, y el vicecónsul Sr. Pritchard. Despues de dar un es-

trecho abrazo á estos queridos compatriotas y amigos nuestros, atravesamos reunidos la bahía á bordo del *ferry boat* que se hallaba allí en espera del tren, y poco tiempo despues nos instalábamos en el Occidental Hotel de la ciudad de San Francisco.

VI

Corta permanencia en San Francisco. El Océano Pacífico. Un dia menos de vida. Llegada al Japon.

EL Sr. Azpíroz, cuya finura, moderacion y amabilidad son proverbiales entre las personas que han tenido la ventaja de tratarle, se puso desde luego á mi disposicion para suministrarme todos los informes y datos que pudieran serme útiles. Supe por este señor, que aunque la partida del vapor «Vasco de Gama» para el Asia se habia anunciado para el 19, no saldria sino dos dias despues. En consecuencia, si bien algo contrariado por esa demora, me resolví á aprovecharla para informarme acerca de la estacion que habia elegido una de las comisiones anglo-americanas, salida de San Francisco con direccion al N. del Asia; y tambien para hacer algunas compras de algunos útiles que nuestra violenta partida de México no permitió hacer en esta ciudad. Nos hallábamos, por otra parte, fatigados por un viaje de 2300 leguas, hecho en veintisiete dias; de modo que, sin apetecer una dilacion que evidentemente no habriamos provocado, no fué del todo mal recibida ya que teniamos que someternos á ella.

En la ciudad está una de las oficinas de la comision que hace mas de veinte años trabaja en levantar las cartas geográficas de las costas de la Union, y que se llama «Coast Survey.» Como el profesor Davidson, jefe de la seccion que opera en California, era el presidente de la Comision expedicionaria para la observacion del tránsito de Vénus, juzgué que en la oficina podria adquirir los datos que deseaba, y me presenté en ella

con ese objeto. Los ingenieros que encontré allí no pudieron, sin embargo, dármelos completos, pues solo supe por ellos que el profesor Davidson debía estar en el Japon; pero que al partir estaba todavía indeciso respecto de la parte de aquel Imperio en que hubiera de establecerse. Que probablemente haria su eleccion entre las dos ciudades de Yokohama y de Nagasaki, atendiendo para ello á las condiciones climatológicas de una y otra durante el invierno.

Desde la fecha de mi partida de México, el Gobierno habia dirigido un telégrama al Sr. Azpíroz encargándole que tomase informes acerca de la eleccion de estaciones que hubiesen hecho definitivamente las Comisiones anglo-americanas; y el Sr. Azpíroz á su vez se habia dirigido con el mismo objeto á los agentes diplomáticos de los Estados Unidos en el Asia. Pero á tan larga distancia era de todo punto imposible que obtuviera respuesta antes de mi partida de San Francisco, y lo único que podia yo esperar era adquirir los datos que acaso se me tuvieran preparados á mi llegada al Asia. Yo los deseaba con impaciencia, especialmente los que fueran referentes á la climatología, que sin duda habrian tenido en cuenta los comisionados anglo-americanos para hacer la eleccion de estaciones.

El cónsul japonés de San Francisco, á quien fuí presentado por el Sr. Azpíroz, me dió noticias muy favorables respecto del clima de Yokohama, y con suma complacencia me proveyó de cartas de recomendacion para esa ciudad. Acepté este servicio con tanto mas agrado, cuanto que el «Vasco de Gama» debía tocar en esta última ciudad antes de dirigirse para la de Nagasaki y despues para la de Hong-kong en la China. De esta manera al desembarcar en Yokohama podria yo orientarme algo mejor, bien para decidirme á permanecer en ella, ó para trasladarme á alguna de las otras poblaciones.

Las hostilidades estaban á punto de romperse entre la China y el Japon, á consecuencia de los sucesos de la isla de Formosa; y aunque temia muchísimo los efectos de la guerra para el objeto de mi expedicion, creia seguro que en el caso de estallar, estaria yo mejor en el Japon, que como potencia marítima superior á la China, tomara sin duda la iniciativa, como la tomó en efecto, ocupando militarmente á Formosa. Además de esta consideracion ya por sí sola decisiva, tuve en cuenta todas las relaciones que se me hacian acerca de la franca hospitalidad que el ilus-

trado gobierno actual del Japon dispensa á los extranjeros; mientras que el de la China, siempre intolerante y aun hostil para todo lo que viene de fuera, podria acaso acogerme con poca voluntad. Una simple dilacion en recibirme oficialmente ó en darme la autorizacion para establecer mi observatorio en sus dominios, podria ser suficiente para hacer abortar todas mis combinaciones, atendido el corto plazo que tendria yo á mi disposicion para terminar la multitud de trabajos preparatorios que me faltaban.

Otra razon no menos atendible en mis circunstancias, consistia en el hecho de que el viaje á la China dura una semana mas que al Japon; y como en el caso de hacer el primero tendria que dirigirme probablemente á Pekin para presentarme al gobierno, y tal vez para observar allí, correria el peligro de encontrarme con el rio ya congelado, lo que habria sido de fatales consecuencias para el transporte de los aparatos, puesto que el Imperio Celeste no tiene ferrocarriles. Así, pues, habiendo meditado detenidamente sobre todo lo que con brevedad dejo expuesto, quedé casi decidido por Yokohama, con el propósito de no variar de parecer mas que en el caso de recibir en esta ciudad malos informes respecto de su clima.

Procedí, en consecuencia, á negociar la situacion de fondos en el Japon, lo que solo conseguí con sacrificio de un crecido rédito por el cambio. Mis compañeros tuvieron que resignarse como yo á esta nueva pérdida atendida su imprescindible necesidad, pues por una de aquellas contrariedades que jamás dejan de ocurrir en casos semejantes, no se hallaba inscrita Yokohama ni ninguna otra ciudad japonesa en la carta circular de crédito que me dió el banquero de México en cuya casa situamos nuestro dinero. Es cosa bien singular que habiendo dado una vuelta completa al mundo, en ninguna parte nos ha sido favorable el cambio, y que, por el contrario, todos los comerciantes se han esforzado en demostrarnos que á nosotros nos tocaba pagarlo. Habria sucedido lo mismo, con entera evidencia, si en vez de haber viajado de Oriente á Occidente, lo hubiéramos hecho en sentido inverso. ¿Dónde, pues, tiene lugar una variacion de signo en favor del viajero? No lo sé; pero sí me consta que el comerciante siempre sabe aprovecharse muy bien de la necesidad ó de la urgencia en que se encuentran los viajeros, y que por tanto hemos pagado en cambios mas de un diez por ciento sobre nuestros fondos. Esto no importa: al Asia no nos llevó el aliciente del oro, sino el de la ciencia y el de la gloria nacional.

La ciudad de San Francisco, insignificante hace 30 años, tiene hoy cerca de 180000 habitantes. Su magnífica bahía, su creciente comercio con el Asia, los tesoros que han producido los placeres de oro descubiertos en sus inmediaciones, y la actividad sin igual de la raza anglo-americana, explican perfectamente su rápido incremento. Cuenta en la actualidad muchos y muy suntuosos edificios, entre ellos el palacio municipal, la casa de moneda y varios hoteles de primer orden. Debe, sin embargo, decirse que su policía deja aun bastante que desear, pues no está ciertamente en armonía con las hermosas construcciones efectuadas ya ó que se están efectuando. Se nota poco aseo en las calles; y además, el humo de la infinidad de chimeneas que se hallan en continuo ejercicio, unido á la niebla que reina en la ciudad con mucha frecuencia, le comunican un aspecto triste y algo parecido al de Londres en el invierno. Como en esta última capital, el humo ó el conjunto de condiciones atmosféricas hacen ennegrecer muy pronto los edificios. Su clima es muy variable, bastante extremo y molesto á veces á causa de la fuerza y constancia de los vientos.

Por lo demás, se ve en todas partes la prosperidad, hija necesaria de un extenso tráfico. La circulacion de metálico es muy abundante, y por lo mismo muy caros los efectos y la vida en general. En la compra de los pequeños objetos de que tuve que proveerme allí, invertí una suma cuatro ó cinco veces mayor que la que habria invertido en México ó aun en New York.

En la noche del 16 concurrimos, invitados por el Sr. Azpíroz, á un concierto dado á beneficio del Sr. Ferrer, artista mexicano de notable mérito; y con el orgullo que siempre inspira el triunfo de un compatriota, tuvimos el gusto de aplaudirle y de verle aplaudido por una numerosa, selecta é inteligente concurrencia. En la tarde del mismo día habíamos tambien tenido la satisfaccion de comer en compañía de los Sres. Azpíroz, Andrade, Almada y Gaxiola, personas todas de las mas distinguidas que componen la colonia mexicana de San Francisco, y á quienes debimos ese obsequio de bienvenida á la vez que de despedida. Nada mas grato en tierra extranjera que verse rodeado de compatriotas siquiera por algunas horas. En esas reuniones no se ven mas que hermanos, aun cuando alguna vez, caso en que no estábamos nosotros, se hayan encontrado divididos por rencillas de la maldita política y hasta por odios de partido.

Allí todo se olvida: el progresista y el conservador brindan en la misma copa por la felicidad de la madre comun; con igual sinceridad desean trasladar á su suelo todo cuanto han visto de bueno ó de útil en los países que han visitado; y ensanchadas sus ideas con la contemplacion de nuevos horizontes, aprenden con la misma buena fé á apreciar las cualidades de sus compatriotas y á condenar sus defectos, mediante una imparcial comparacion con los extranjeros, muchas veces desfavorable á estos últimos.

¡Cuánto se ama, en efecto, á la patria cuando se contempla en conjunto! Lo mismo que se admiran las bellas proporciones de un edificio sin fijarse en las imperceptibles desigualdades de su superficie, ni en las junturas de las piedras que lo constituyen, así se ve desde lejos el lugar de nuestra cuna, y así se cura ese funesto miopismo que solo exagera los detalles, incapaz como es de abarcar la totalidad. De esa manera se aprende á distinguir lo bello de lo defectuoso, lo defectuoso de lo deforme. El vicio de mirar solo en una direccion, de examinar puramente el pormenor, de analizar únicamente el átomo, es imposible que produzca otra cosa mas que ruindad de concepciones, hipótesis ilusorias, teorías absurdas, y en último resultado la plaga de esta turba de políticos teóricos, cáncer de nuestra sociedad, que incapaces de comprender en qué consiste el progreso, llegan de ergotismo en ergotismo á la estúpida y descabellada conclusion de que "es preferible que se hunda la sociedad si es preciso, con tal de que se salven los principios que *deben* regirla."

Vosotros los fabricantes de discursos llenos de halagadoras promesas; los forjadores de planes políticos mas ó menos salvadores; vosotros los que creéis que una nacion profundamente postrada, anémica y convaleciente apenas de una larga enfermedad, tiene por remedio eméticos, sangrias y todo género de debilitantes; vosotros los que no vacilais en conmovierla de continuo con el pretexto de hacerla feliz conforme á vuestro sistema hipostenizante, y acaso con el objeto real de buscaros en su misma postracion una fácil escala para asaltar el poder, suspended por un momento vuestras maquinaciones. Alejaos de la patria, y venidla á contemplar desde otro pueblo. Ved sus penosos esfuerzos para dar algunos pasos en el camino del progreso. Mirad cuán interesante es hasta en sus mismos desaciertos, y cuán magnánima hasta la debilidad con sus mas encarnizados enemigos. Os haré la honra de creer que obrais bajo el in-